



**INSTITUTO PROFESIONAL ESCUELA DE COMERCIO DE SANTIAGO  
AUTÓNOMO**

**“MANDRÁGORA”**

**Autor: Joaquín Andrés Salas Jiménez**

**SANTIAGO – CHILE**

**2023**

Bajando por el sendero del purificador bosque, con certeza de que el final del recorrido se acercaba, avanzaba con pasos lentos e inseguros, siguiendo el rumbo marcado por mis botas. Y bajando por el frondoso oleaje de los árboles, sin poder detenerme, mis deseos ganaban la batalla. ¿Pero cómo iba a poder resistirme a la tentación y escuchar la voz de los hombres sabios, si el olor divino proveniente de la más excelsa flor de los elíseos jugueteaba con mi nariz, y mis ojos se desviaban contemplando la geometría de su silueta? Mis músculos se tensaban y mis piernas tambaleaban, mi voz titubeaba en cada intento de articular una palabra de ensayo. Pero allí estaba yo, como el divino Alejandro a la cabeza de un vasto ejército, dispuesto a morir por apreciar la belleza de una nueva tierra desconocida.

Inhalé el instante de la muerte presente y me acerqué, pero no podía cruzar la barrera solitaria del engaño, donde tantos hombres valientes sucumbieron ante la falsedad de la errónea percepción que se tiene sobre sí mismo, aquella falsa idea de incapacidad. Y rendido en aquel campo donde yacen los hombres débiles, mis rodillas yacían tendidas en la tierra, y sin oponer resistencia me detuve detrás del grueso tronco de un olivo, para recuperar el aliento y recobrar la compostura.

Creyendo estar en el Parnaso, asomé la vista al río donde travesabas, al instante que tus prendas caían delicadamente sobre Gea. Divisé si había en las cercanías algún majestuoso templo del flechador Apolo, por si la ira del dios recaía sobre mí ante la ofensa de querer poseer a una de sus musas. Y como uno de los

inútiles hijos de Sileno, me acercaba lentamente deleitándome con los bucles dorados de tu cabello y las curvas desnudas de tu cuerpo, armoniosas como si de una divina obra de un majestuoso lienzo pintado por un dios desconocido se tratara. ¡Dichoso sea Pigmalión! ¡Pues Galatea había abandonado su academia!

A cada paso que daba, mi corazón pedía a gritos romper su coraza, y es que solo a metros de ti me encontraba. Te apoyaste en una roca como un bello Alcíone reposa alado, entonando sanadoras melodías para los pescadores.

Con miedo a que huyeras como Siringa, o como Dafne, llamé tu atención y de pronto todo enmudeció a mi alrededor, el tiempo parecía romperse y la eternidad regresaba a su retorno. Tus ojos de azulado cielo me miraron como quien mira tras la fachada de la juventud y para su sorpresa ve a un resignado viejo en la decadencia, que espera el día eternizador. ¿Por qué me mirabas como si debiese ser salvado? ¿Cómo si me encontrara clavando tu cruz?

De pronto un grito ensordecedor silenció el canto de las aves, borrando vestigios de olorosos recuerdos y sumiendo mis ojos en oscuridad. Experimenté la sensación de estar cayendo en las profundidades del Hades, ¿o acaso realmente lo estaba? Yo no tenía una Beatriz que encontrar en mi aventura, ni a un Virgilio que me guiara donde desfallecen los desgraciados, ¿o si lo había? De algo creía estar

seguro en este nuevo lugar en el que me encontraba, aquí no había musas divinas o representaciones abstractas de la belleza personificada.

Durante mi bienvenida a este nuevo mundo, me trasladó el famoso barquero Caronte a la orilla de la tierra de los desdichados, sorpresivamente sin pedir óbolos a cambio. En seguida llegué donde Minos, quién no pudo determinar mi estricta condena, puesto que mi cuerpo pertenecía tanto a un recinto como a otro. Aprovechando su apabullante confusión logré huir de su larga cola de serpiente.

Mi siguiente destino fue el círculo donde reposan los eternos. Recuerdo que una particular conversación quedó grabada en mis mientes, haciendo que una frase brotara como cuando una bella flor crece, alcanzando el punto álgido de su madurez y muere, sin antes mudar en una nueva forma, renaciendo renovada y dando vida a todo a su alrededor. El viejo sabio, con una compostura que no denotaba violencia en sus gestos, abrió su boca brindando medicina para los necesitados y adoloridos corazones. Con voz clara y serena me dijo con sabiduría:

«Si uno se pusiese a considerar despacio y en particular la naturaleza, hallaría que el inclinarse hacia abajo las espigas, que la melena del león, que la espuma en la boca del jabalí, y, por abreviar, otras mil cosas más, aunque por sí mismas ninguna hermosura ofrezcan a la vista, no

obstante, por ser añadiduras, que de suyo van con las demás obras de la naturaleza, a un mismo tiempo las hermosean y causan admiración.»

Me despedí de los sabios y proseguí mi camino topándome con cuanto desdichado me encontraba: lujuriosos, golosos, avaros y pródigos, iracundos y melancólicos, herejes, violentos, y un largo etcétera. Recuerdo que decía para mí: “¿Cómo es posible sentir que se está tocando fondo y seguir aproximándose en el abismo?”. Que equivocado estaba; ya que tú me amonestaste maestro Quirón, ¡el más sabio entre iracundos centauros! Tú, diferente entre tantos, me regalaste las palabras como si de suave ambrosía con la que se deleitan los inmortales dioses se tratara, así me deleité yo, con tus palabras de aliento:

«Recupérate y reanímate un poco, y después de bien vuelto sobre ti, y considerando que era una ilusión lo que te perturbaba, mira bien despierto y con atención por segunda vez estas cosas de acá, como habrías mirado aquellas.»

Aqueronte, Estigia, Flegetonte, Cocito, ninguno de esos tortuosos ríos era mi tormentoso destino, ¡ni el mismísimo Lucifer pudo detenerme!, absorto devorador de nefastos traidores. Quizá el lechoso Leteo, fiel reflejo del lácteo cielo que la diosa de blancos brazos derramó de su seno en el firmamento, era mi destino. ¿Acaso era el olvido mi salida de la locura? Penas y amores, recuerdos preciados y dolores,

fatigas y descansos. Toda historia vivida se borraría con un sorbo del divino néctar, ¿pero acaso mi destino era beber de las aguas de la náyade? ¡Oh Mnemósine mía, madre de las fuentes de la inspiración!, propicia que este confuso errante tenga la fortaleza necesaria para recordar cada paso dado, cada camino transitado.

Logré salir finalmente a la superficie luego de tan larga travesía, y meditando sobre mi recorrido, pude observar una bella silueta de una mujer corriendo, se adentraba en un sendero de un misterioso bosque de árboles con gruesos troncos. Aquella silueta me llamaba como si yo fuera una de esas mariposas nocturnas, que no cesan su vuelo, capaces de recorrer kilómetros y kilómetros de distancia hasta llegar a su meta, a la anhelada hembra.

Bajando por el sendero del purificador bosque, con certeza de que el final del recorrido se acercaba, avanzaba con pasos lentos e inseguros, siguiendo el rumbo marcado por mis botas. Y bajando por el frondoso oleaje de los árboles, sin poder detenerme, mis deseos ganaban la batalla. ¿Pero cómo iba a poder resistirme a la tentación y escuchar la voz de los hombres sabios, si el olor divino proveniente de la más excelsa flor de los elíseos jugueteaba con mi nariz, y mis ojos se desviaban contemplando la geometría de su silueta? Mis músculos se tensaban y mis piernas tambaleaban, mi voz titubeaba en cada intento de articular una palabra de ensayo. Pero allí estaba yo, como el perdido Ulises al galope, que ha dejado atrás a tan valerosos hombres, dispuesto a morir por volver a degustar un beso de Penélope.

La belleza de su eterno regreso me llamaba, presentándose ante ella una vez más, como una danza interminable sin principio ni final. Tentadora y cautivamente, tan bella como misteriosa, ¡Mandrágora! Delirio de hombres, tentador fruto del sagrado árbol del paraíso. Eras tú Mandrágora, la bella musa que me guiaba y tentaba, mi tan ansiada meta y tan grande desafío. Figura inalcanzable e irresistible, que me recordaba una vez más que la belleza y la tentación son más que una flor en el camino. Son un reflejo de nuestra propia alma, el recordatorio de una lucha sin fin entre el deseo y la virtud. Así, con el eco de los sabios en mis oídos, comprendí que la belleza está en los ojos del que mira, que las imperfecciones son tan bellas como la más bella flor de la creación. Comprendí que la tentación es resistible al mirar cuidadosamente aquellas ilusiones que nublaban mi juicio, ¿pero sería capaz de resistirla?

Mandrágora, mientras me encamino a ti, te veo con ojos distintos. Ahora tú, observa a través de mí y dime que hallas en esta ocasión. ¡Oh Mandrágora, delirio de hombres!, la que al resto de las flores llena de intrascendencia; esta vez, el paisaje es diferente.